

CARLOS LEÓN

ACERCA DE UN COMENTARIO DE DON RAUL SILVA CASTRO

En el Nº 413 de la Revista *Atenea*, que corresponde a los meses julio-septiembre del año pasado, don Raúl Silva Castro al comentar mi libro *Sobrino único, Las Viejas Amistades, Sueldo Vital* consigna dos datos inexactos, cosa bastante extraña en una persona que no suele errar en ellos y que, por el contrario, los prodiga con fruición, exacta, profusa y latamente; e incurre en una presunción equivocada, cosa no ya tan extraña a causa de no ser ésta la percepción de un dato sino una deducción, una actividad de la conciencia un poco más complicada que la primera.

Expresa al comenzar su artículo: "Los relatos de Carlos León son de corto vuelo y el autor, entendiéndolo así al parecer, los ha sintetizado de tal modo que sus obras completas ocupan sólo ciento setenta páginas".

Pese a lo afirmado por don Raúl Silva Castro el autor no pensó jamás, por razones obvias, conferir al libro de marras el carácter de obras completas; tampoco la Editorial; ni existe indicación en el texto que así lo declare. Se pretendió únicamente editar tres libros que tenían una indudable solución de continuidad excluyendo del segundo tres cuentos cortos, autónomos, con títulos propios, que de consignarse hubieran restado unidad a la obra.

Tampoco se ha practicado síntesis alguna en los relatos comprendidos en dicho volumen. *Sobrino Único, Las Viejas Amistades* y *Sueldo Vital* están allí, salvo algunos errores de imprenta que naturalmente fueron rectificados, tal cual aparecen en sus ediciones originales.

Parece pues excesivo, casi sospechoso que el autor del bizarro trozo transcrito pretenda invocar el presunto testimonio del propio afectado, deducido de sus dos afirmaciones erróneas, para avalar su juicio acerca del "corto vuelo" de los relatos que comenta.

Aun cuando la total explicación del curioso galimatías inventado por don Raúl Silva Castro le parece imposible al autor de estas líneas, una parte de él, por lo menos, no está tan obscura.

Según la propia aseveración de don Raúl Silva Castro, contenida también en el párrafo transcrito, el Libro que comenta "ocupa" sólo 170 páginas. Como la edición original de *Sueldo Vital*, uno solo de los relatos comprendidos en el Libro, "ocupa" 191 páginas, 21 más que el libro completo; *Las Viejas Amistades*, excluidos los tres cuentos cortos, 63, y *Sobrino Único* 73, don Raúl debe haber echado sus cuentas y llegado a la ingeniosa conclusión que 327 páginas son más que 170 y como, al parecer, no cree en los milagros, actitud no del todo recomendable para quien enjuicia libros, concluyó cómodamente por atribuir al volumen el carácter de una síntesis.

Esta saludable manera de pensar, utilísima en actividades contables, actuariales o estadísticas, suele no dar resultado en un campo como la literatura donde a veces, como en el caso presente, 327 páginas son iguales a 170, lo que sólo puede extrañar a quien se haya limitado a contar las páginas

de los libros pero no a una persona como don Raúl Silva Castro que, además de criticarlos, presumiblemente los lee.

Jamás el autor del libro habría solicitado a la Revista *Atenea* la publicación de estas líneas si no hubiera percibido detrás del tono piadoso de don Raúl Silva Castro una especie de insinuación, probablemente involuntaria, que excede el ámbito literario y puede llevar al ánimo de algunos lectores suspicaces la convicción de que el autor del libro o la Empresa que lo editó, en un proceso de oportunismo, aprovechando la benévola acogida que tuvieron los relatos comprendidos en el volumen cuando fueron publicados por primera vez, pretendiera, a la manera de algunos comerciantes poco escrupulosos, "cargar la balanza" o "achicar el kilo" para obtener un beneficio adicional.

*Cien años de Soledad*, de GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ. Editorial Sudamericana.

Si la crítica chilena ha dado en quejarse por un supuesto fracaso general de nuestra narrativa, la lectura del notable libro de Gabriel García Márquez —*Cien años de soledad*—, levantará en los que jumbrosos, alaridos de llanto y conmiseración

El escritor colombiano, desviándose de los nuevos cauces por donde discurre airosa, renovadora y compleja la última novelística hispanoamericana; sorteando laboriosamente el encandilamiento y la mimesis que provocan magnas ficciones europeas y norteamericanas, ha vuelto al origen, el sabor inconfundible —muchas veces desconocido— de la vida histórica de su tierra.

Siempre tenemos por exótico el vivir ajeno. Hay una escala variable de exotismo que arranca del prójimo y crece en singularidades y extrañezas al proyectarse hacia regiones, naciones o continentes. En una cierta perspectiva todos somos exóticos. Lo insólito es lo normal, según se deja ver en la novela de García Márquez vinculada a un estilo de vida histórica que va recordando sin hacer mayor hincapié en las singularidades de su esencia saturada de mitos, supersticiones, magias ingenuas divulgadas por gitanos que irrumpen en el aislamiento americano con su vistosa pacotilla de engaños, entre los cuales, alguna vez, se advierte una receta precientífica, una técnica incipiente de forja y orfebrería, y la sorpresa inolvidable del primer hielo hecho artificialmente.

El Caribe, Venezuela, Colombia, México y Perú son las retortas en que se sintetiza con mayor fuerza la gran hibridez constitutiva de América, el mestizaje cultural y racial, los desenfoques del criollo arrebatado por inmensos horizontes solitarios y liberadores.

La narración de García Márquez afirma desde el comienzo la potencia del origen, el fulgor de estos nuevos primeros hombres desorientados, quienes, en un extrañamiento puro, en una sorpresa de todo, no saben siquiera donde están, cómo es el mundo que han de conocer y nombrar.

"El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo".

*José Arcadio Buendía* es uno de esos hombres inocentes de Macondo, aldea